

¿Qué hacer con AMLO?

Guillermo Valdés Castellanos

Ya no hay que darle muchas vueltas. A menos que se tenga mucha fe en el poder transformador de AMLO (creencia que no se sustenta en la razón, sino en la pura esperanza, en el deseo justo y necesario de que las cosas cambien) o tengas otros datos (de esos imaginarios, que nadie sabe donde están, ni de donde salen o qué dicen), hay suficiente evidencia para confirmar que: a) va creciendo la distancia entre las buenas intenciones del presidente y lo que va resultando por ejemplo en materia de crecimiento económico o del respeto de los derechos humanos de los migrantes centroamericanos; b) las políticas e instrumentos escogidos para terminar la corrupción, la inseguridad y la desigualdad, no son los adecuados y que en algunos casos están provocando lo contrario de los objetivos buscados, como la escasez y el deterioro de los servicios de salud o el incremento de la violencia homicida; c) la concentración de poder en la presidencia de la república ha provocado el debilitamiento del sistema de contrapesos, como la desaparición o inanición de órganos autónomos como el INEE y el Coneval.

Como si lo anterior fuera poco, el diagnóstico y el pronóstico del país se agravan debido al estilo autoritario de gobernar del presidente, que no escucha ni atiende razones, que descalifica de a todos los críticos y opositores, a los medios y hasta a sus colaboradores; que se esconde todas las mañanas en un discurso lleno de lugares comunes, acusaciones, fantasías y contradicciones; que su juramento de cumplir y hacer cumplir la Constitución es cada vez más incierto (por decirlo suavemente).

En la medida en que López Obrador persista en su cerrazón y cancele cualquier posibilidad de rectificación por mínima que sea, como lo ha hecho hasta ahora, el enfrentamiento con la realidad será cada vez mayor. Como él va a insistir que tiene otros datos y que el país va requete bien, el país y los mexicanos que sí vivimos en la realidad pagaremos la ceguera y terquedad presidenciales.

En otras palabras, el futuro no pinta bien. Los datos del deterioro económico, de seguridad y de muchos servicios públicos los conocemos. Los relativos al debilitamiento y destrucción de instituciones públicas y las amenazas a la democracia son quizá los de mayor gravedad, ya que si se rompen las condiciones que garantizan la equidad de la competencia electoral, se debilitan o anulan las libertades y la pluralidad que hacen posible el debate y la definición conjunta del rumbo del país, no habrá manera de detener o modificar el rumbo del país en muchos años. Además, la polarización social y el desencanto de la gestión presidencial seguirán en aumento, como lo comienzan a señalar las encuestas.

Frente a este panorama, la prioridad de la oposición entera (partidista, social, ciudadana) debe ser organizarse y coordinarse para cuidar y defender las instituciones y las reglas de la democracia, de manera que las elecciones intermedias en 2021 sean legítimas y competitivas y sus resultados puedan producir el reequilibrio de los poderes. Sólo de esa manera se podrá iniciar un proceso democrático real, que genere debates y negociaciones incluyentes sobre el futuro del país y se eliminen los riesgos del autoritarismo. Es decir, sólo una democracia fortalecida por una oposición unida que restablezca los equilibrios del poder puede salvar a López Obrador de sí mismo (y de paso al país). A trabajar.